



Daniele Mencarelli

TODOS QUIEREN SALVARSE



LIT3
RA
RIA

Literaria

33

Daniele Mencarelli
Todos quieren salvarse

Traducción de Marta Graupera Canal



Título en idioma original: *Tutto chiede salvezza*

© 2020 Mondadori Libri S.p.A., Milán

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2024

Traducción de Marta Graupera Canal

Corrección y revisión de Marieta Pancheva

Con licencia:

© Netflix (2024)

Esta novela es fruto de la imaginación. La mirada del narrador ha transfigurado la crónica de los hechos y los personajes realmente existentes o existidos. Por lo demás, toda referencia a personas y hechos reales se debe considerar casual.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

ISBN: 978-84-1339-193-9

ISBN PDF: 978-84-1339-859-4

Depósito Legal: M-22878-2024

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, Bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

A los luchadores,
a los locos

—María, ¡he perdido mi alma! ¡Ayúdame, Virgencita mía!

Negro y más negro. Esto debe ser la muerte.

—María, ¡he perdido mi alma! ¡Ayúdame, Virgencita mía!

Olor a quemado, cada vez más fuerte, el calor se convierte en un fuego, arde.

Como si fuera la primera vez, abro de par en par los ojos al mundo. Esforzándome, logro mantenerlos abiertos, pero por poco tiempo.

—María, ¡he perdido mi alma! ¡Ayúdame, Virgencita mía!

Me encuentro a un desconocido a mi lado. Parece san Francisco, solo, alucinado, sucio, espantosamente flaco, tiene un mechero en la mano. El olor a quemado es de mi pelo, está prendiendo fuego a mi cabeza. Quiero pedir ayuda, pero no puedo, es como si mi cerebro no lograra comunicarse con el resto del cuerpo.

Con estrépito, estalla en el aire un grito de chica. Me doy la vuelta: sale de la boca de un cuarentón. Lleva el poco pelo que le queda teñido de color rojizo, echado todo hacia un lado. Sigue gritando:

—¡¡Pino!! ¡¡Pino!! ¡¡Virgencita está prendiendo fuego al tipo recién llegado!! —el enfermero es una tripa andante, viste todo de blanco. Se asoma por la puerta y cuando ve lo que está pasando acelera el paso.

—Será hijo de mala madre... ¿De dónde coño sacaste el mechero?

—María, ¡he perdido mi alma! ¡Ayúdame, Virgencita mía!

El enfermero pasa por delante de mí y de un salto le arrebató de las manos el mechero al loco, quien no dice nada y deja que le acueste en la cama sin reaccionar, un animal súbitamente inerte, indefenso.

—¿Qué tengo que hacer contigo, Virgencita? Si hoy me la vuelves a liar, juro que te encierro en el retrete.

Mi cuerpo quiere volver a dormirse, pero yo me opongo, trato de resistir con todas mis fuerzas, intento hablar sin lograrlo.

El enfermero se gira hacia mí, me pasa la mano por donde antes prendía fuego de mi cabeza que estaba ardiendo, el aire sigue apestando a pollo quemado y sonrío con suficiencia:

—No te ha hecho nada, el pelo en dos semanas te vuelve a crecer —dicho esto, se va.

Con la poca lucidez de la que dispongo, trato de entender, de comprender dónde me encuentro. Una gran sala de hospital, con seis camas. El calor se mezcla con el hedor, olor a desinfectante y a sudor.

El hombre que gritaba como una chica mira a su alrededor, poco a poco se acerca. La imposibilidad de escapar, de oponer la más mínima resistencia, incluso de gritar, multiplica mi terror. Él sonrío, acerca su cara a mi oído:

—Soy virgen.

Lo dice como si fuera una invitación irrenunciable.

Tengo miedo, quiero tener cerca de mí a mi familia, mi casa, mi habitación. Sé por qué me encuentro aquí, sé lo que

ha sucedido. La vergüenza, los sentimientos de culpa, el recuerdo de anoche me abruman, quieren convertirse en lágrimas. Pero no lo consigo.

Me duermo así, ansiando unas lágrimas que no llegan.

DÍA 1
MARTES

Una mano sobre mi hombro me sacude cada vez más violentamente.

—Mencarelli, vamos, vamos.

Es el enfermero, está tratando de despertarme.

—Arriba, vamos, arriba, son las once pasadas, dentro de un cuarto de hora te tiene que ver el médico —me coge de los hombros y me levanta.

—Buenos días, principito, te pegaste una buena dormida. No me extraña, con lo que te chutaron en vena, ¿vas a poder decirme cómo te llamas? A ver, inténtalo.

Tengo la boca seca. La cabeza me retumba.

—Daniele. Daniele Mencarelli.

El enfermero aventura una especie de sonrisa. Tendrá unos cincuenta años, quizá alguno más, el rostro profundamente marcado por el acné de los tiempos mozos.

—Buen chaval, Daniele. Yo, en cambio, soy Pino, y a Pino le gusta dejar las cosas claras desde el principio: si tú te portas, yo me porto; si vas de loco o de capullo, yo voy a ser peor que tú, ¿te queda claro? Y, créeme, los cuerdos saben ser más malvados que los locos, ¿entendido? —a Pino se le endurece la expresión, me esfuerzo por responder, a pesar de mi aturdimiento general:

—Entendido.

—Otra cosa fundamental: está prohibido andar por ahí, tú puedes estar aquí o en la salita de la televisión que está al

lado. Nunca, por nada del mundo, se te ocurra ir a las salas que están pasada la de la televisión. Ahí dentro no son como vosotros, están los malos de verdad, ¿queda claro?

—Queda claro.

—Buen chaval, Daniele, ahora despiértate de una vez, dentro de poco te va a llamar el doctor. Esto es té, pégale unos sorbos —me pasa una taza tibia y luego se va.

Volver a ser dueño de mi cuerpo significa sentir, uno tras otro, una cantidad de dolores diseminados por todo mi ser: detrás de la espalda, del cuello, pero la mano izquierda es la que está más afectada. Me la han cubierto con un gran esparadrapo, a la altura de los nudillos hay sangre coagulada. De la mano a la mente el paso es corto: contra las paredes, contra los muebles, contra la pantalla del televisor hasta que explota. Estas son las marcas. Por último, enorme como el cielo, vuelvo a ver a mi padre como si estuviera muerto, tendido en el suelo, gracias a mi espectáculo.

Un bosque de ojos: los de mis compañeros de habitación. Las seis camas están dispuestas en dos filas, las tres que tengo delante están todas llenas. El chico frente a mí debe tener mi edad; mientras Pino me hablaba, de vez en cuando lo miraba, y ahora estoy casi seguro: desde que empecé a espiarle nunca ha dejado de mirar fijamente un punto impreciso encima de mi cabeza. Es como si mirara más allá, un más allá que ha cautivado totalmente, todo lo vivo a su alrededor no parece capaz de despertarlo.

A su izquierda, al lado de la gran ventana de la habitación, hay un hombre en torno a los sesenta. Desde el primer momento que lo vi, noté el increíble parecido: es idéntico al guitarrista de los Queen, no consigo recordar el nombre. La

cama a mi derecha, en cambio, la ocupa el hombre con grito de chica, que ahora se está mirando en un espejo de bolso, se aplica el brillo de labios y, mientras tanto, pone morritos, se sonríe, y parece improvisar un diálogo, un cortejo.

Estoy en la otra fila de camas, en el medio; a mi izquierda está el loco que intentó prenderme fuego, parece haberse calmado, incluso parece estar dormido.

La cama del lado derecho está perfectamente ordenada y hecha, debe estar vacía.

De vez en cuando, procedentes de otras habitaciones, de otros mundos, se oyen gritos y gemidos que desgarrarían una roca.

Pino se asoma a la habitación.

—Vamos, Mencarelli, Mancino te espera.

Me incorporo con dificultad, mantener el equilibrio me parece más complicado de lo habitual. Pino me coge del brazo, salimos de la habitación y nos metemos en la que está exactamente frente a la nuestra.

El consultorio es pequeño, Pino me ayuda a sentarme y sale. Tengo al médico frente a mí y una cosa me llama la atención enseguida: es una mole, extraordinariamente grande. Lo veo por los brazos, por la mano con la que empuña la pluma con fuerza y escribe línea tras línea sobre la página en blanco. Si te fijas bien, también su cabeza es enorme, como los hombros; no puedo decir su altura, pero debe de ser un gigante.

—Bueno, Mencarelli.

Me dirige la palabra sin levantar la vista del papel. Finalmente se endereza. Tiene los ojos azules, muy pequeños, la nariz ancha, el cabello medio castaño, medio blanco. Incluso el rostro tiene algo de imponente, casi violento; si tuviera

confianza con él, le preguntaría si juega al *rugby* o si jugó en el pasado, porque parece un jugador de *rugby* en todos los aspectos.

—¿Me sabes decir la fecha de hoy? Día, mes y año.

Asiento y empiezo a echar cuentas.

—Hoy es martes, 15 de junio, 1994.

—14, martes 14. ¿Me sabes decir el día, mes y año de tu fecha de nacimiento?

—26 de abril de 1974.

—O sea, tienes veinte años. ¿Sabes por qué estás aquí?

Ante mis ojos, puntiagudas, envenenadas, llueven las imágenes de anoche.

—Sí, por lo de anoche.

El médico me escruta sin alterarse; la mirada, sumada a su enorme tamaño, da como resultado un hombre incapaz de sentir emociones, por lo menos es lo que parece.

—¿No tienes nada más que decir? ¿Quieres contarme por qué pasó?

—Aún no —no se perturba ni un milímetro con mi negativa.

—Como quieras, por la tarde llega el doctor Cimaroli, él fue quien te atendió anoche en Urgencias. Me habló de tu hazaña. Te felicito. Por poco matas a tu padre. Hay que tener talento.

Permanezco en silencio mientras él continúa estudiándome, anotando algo de vez en cuando en sus valiosísimos folios y que con toda probabilidad tiene que ver conmigo.

—En cualquier caso, tú desde hoy estás bajo TSO, o sea, Tratamiento Sanitario Obligatorio, ¿sabes lo que significa? El doctor Cimaroli, junto con el otro médico de Urgencias,

decidieron el tratamiento. Los trámites son estos: hemos notificado a tu municipio de residencia y al juzgado de Velletri; esta mañana llegó por fax la autorización, por lo tanto, durante siete días estás obligado a estar ingresado y a recibir tratamiento aquí.

Ya no queda rastro del aturdimiento químico. Otra vez está la ansiedad y la angustia.

—¿Qué quiere decir esto? ¿No puedo largarme a mi casa? El médico gigante niega con la cabeza.

—Desde hoy martes, 14 de junio, hasta el próximo lunes 20 te quedarás en nuestro centro. ¿Por qué, no te gusta la idea? —la sonrisa que esboza no deja lugar a dudas: mi desconsuelo lo hace feliz.

—¿Ni siquiera si me porto bien? ¿Y si hago venir a mis padres y habláis también con ellos? No soy una mala persona, estoy en tratamiento desde hace un par de años, he pasado por varios médicos colegas suyos. Nunca le he hecho daño a nadie.

—Bueno, el desmayo de tu padre, lo que te hiciste a ti mismo... En cualquier caso, de ahora en adelante, vamos a decidir nosotros si eres peligroso o no, al igual que lo que tienes y lo que no tienes. ¿Cómo se llaman los colegas que te tuvieron en tratamiento?

—No me acuerdo de todos, Sanfilippo, Loreface, Castro, quizá alguno más.

—Tu padre y tu madre se habrán arruinado para enviarte a todos estos grandes doctores, tendremos la oportunidad de profundizar en ello, la conversación de hoy era solo para comunicarte el TSO. Soy el doctor Mancino, por la tarde nos reuniremos de nuevo con el doctor Cimaroli, puedes volver a tu habitación. ¡Hace un calor del carajo en este hospital!

La maldición final, que se dirige a sí mismo, le sale medio en dialecto, ciertamente del sur, aunque no sabría decir de dónde.

Del consultorio a mi habitación como mucho serán unos diez pasos. Los doy lentamente, los rostros de mi padre y mi madre, de mi hermano y mi hermana, me acompañan en silencio. Desde que nací no he hecho más que causar desorden, un exceso tras otro, siguiendo cualquier impulso, para bien o para mal. No sé vivir de otra manera, no consigo escapar a esta osadía: si hay una cima la tengo que alcanzar, si hay un abismo lo tengo que tocar.

Mientras me acuesto en la cama, veo pasar por el pasillo al doctor Mancino, visto de pie, caminando con rapidez, realmente parece un gigante. Trato de interceptar su mirada, pero él no concede nada a nadie, desprende resentimiento, si no desprecio. Su rostro se me queda grabado en la retina: ¿cómo puedes detestar tan abiertamente a una persona a la que deberías cuidar? En estos dos años de viacrucis, entre psiquiatras y patologías, me he habituado a la indiferencia, al desamor, pero todavía no me había tocado vivir una declaración de odio tan manifiesta por parte de un médico.

—Hola.

Sin que me diera cuenta, ha aparecido a mi lado el hombre con grito de chica.

—Un tipo duro Mancino, ¿eh? Pero aquí dentro no es el peor, créeme. Yo soy Gianluca —y tiende hacia mí su mano esmaltada.

—Daniele —se la estrecho.

—¿Para ti también TSO?

Asiento.

—Para mí también, desde ayer, ¿tú qué has hecho?
—Gianluca tendrá unos cuarenta años, poco pelo, de varios colores, ceniza, marrón tostado, rojo carmín... Se las ha ingeniado para cubrir la parte calva de su cabeza con un largo emparrado. Sus finísimos labios brillan, sonrén. No respondo a su pregunta, pero él no se corta.

—Entiendo. Yo cometí una estupidez, me traje un amigo a casa, la cabrona de mi madre entró en pánico, créeme, en pánico, al final le tuve que dar de leches, pero yo soy buena, buena como el pan, en todos los sentidos —y vuelve a sonreír como queriendo provocar, mientras yo pienso en las palabras que le acabo de decir a Mancino: quién sabe cuántas veces sus pacientes han intentado asegurarle que son buenas personas—. Ahora tu Gianluca te hace un cuadro de la situación en esta sala. A ver, en la cama de al lado de la ventana está Mario, era un maestro de primaria antes de enloquecer, él también es bueno como un pedazo de pan.

Mario, al oír su nombre, se gira hacia nosotros, nos sonrío, luego vuelve a mirar el árbol que está justo al lado de la ventana. Gianluca se acerca aun más a mí:

—En el árbol dice que hay un pajarito, nadie lo ha visto, pero bueno, sigamos. La cama al lado de la de Mario la ocupa Alessandro, catatónico, hoy por la tarde viene su viejo y te lo cuenta mejor él, lo hace con todo quisqui. En la otra cama estoy yo. A este lado está Virgencita, el que estaba por prenderte fuego. Lo llaman Virgencita porque nadie sabe nada, no habla con la gente, solo de vez en cuando con la Virgen. Todos ellos están ingresados, solo tú y yo estamos para una semana de TSO, tenemos mucho en común —dicho esto, me estampa un beso en la mejilla, luego estalla en una sonora y exagerada carcajada— ¡¡¡Qué bonita es la vida!!!» —me

suelta a un centímetro de la cara. Permanezco en silencio, los ojos van de una cama a otra, de locura en locura. Lentamente, esperado, previsto, estalla el llanto.

—Vamos, señores, es hora de almorzar.

Pino se asoma a la puerta, lo llamo para que venga hacia mí, mientras que el llanto ya es incontenible.

—Quiero irme a mi casa, por favor —aprieto su brazo, él se libera delicadamente de mi agarre.

—No te pongas así, una semana pasa volando, ya verás que te vendrá bien —y se levanta—: Hoy sopa y menestra, patatas hervidas y guisantes, pechuga de pollo o chuleta a la milanesa, ¡vamos!

Pino empieza a servir la comida, al ver los distintos platos, la poca hambre que tenía desaparece por completo. Gianluca y Virgencita, en cambio, comen con voracidad. Alessandro, el catatónico, mantiene fija la mirada siempre ahí, medio metro por encima de mi cabeza, nada de esta dimensión le interesa, ni siquiera la comida.

—¿Te comes la manzana asada? —a mi lado aparece Mario, con su pelo rizado, blanco, como un seto alto y desordenado sobre la cabeza.

De los pocos platos que han servido el único que atrae mi atención —aunque no mucho— es precisamente la manzana asada, aunque solo fuera por cariño: mi madre me las preparaba siempre, eran el acompañamiento infalible cada vez que me agarraba una gripe o cualquier otra enfermedad.

—No, cómetela tú, tranquilo.

He visto muchas y maravillosas sonrisas de bondad, pero esta se lleva la palma. Tan bueno como indefenso, con toda la gratitud que uno puede imaginar que lleva en su interior.